



la página de SERGIO VODANOVIC

"S I. Todo eso está muy bien: la ambientación, el movimiento de la cámara, los diálogos, pero... ¿era necesario que en "Tres Tristes Tigres" se dijeran los garabatos que se dicen?"

Y con un gesto que claramente significaba que era obvio responder negativamente a su pregunta, mi amigo se despidió.

Yo me quedé recordando.

1961. Nueva York. Una noche de Semana Santa converso con el Padre Weigel, el notable sacerdote jesuita que durante varios años vivió en Chile, marcando con el sello de su inteligencia y sensibilidad a más de una generación de alumnos del Colegio San Ignacio.

El Padre Weigel, que dominaba numerosos idiomas, me decía:

"Hay una prueba definitiva para saber cuándo se domina una lengua. Si uno es capaz de despertarse sorprendentemente en la noche, en un país extranjero, y entiende los garabatos que grita un ebrio en plena calle, es que conoce plenamente el idioma."

Y agregaba el Padre Weigel:

"Los garabatos son intraducibles. Son las expresiones más propias y particulares de un pueblo. Fíjese en los garabatos chilenos. ¿Ha tratado de traducirlos al inglés? No tienen sentido en otro idioma."

La observación es exacta. El garabato no se puede substituir. Lo que él expresa, no lo dicen ni una ni veinte palabras honestas. Tiene su marco de referencia propia. Y, lo que es más interesante, nunca quiere decir exactamente lo que su palabra contiene de soez y de obsceno.

Si tienen dudas, hagan la prueba. ¿Con qué palabra

Ningún autor quiere caer en la grotesca situación del viejo chiste que cuenta que un rotito, reprendido por proferir garabatos en plena calle después que un compañero dejó caer sobre él un tambor de pintura, niega los garabatos diciendo: "Si yo lo único que dije fue: para otra vez ten más cuidado, Peñaloza."

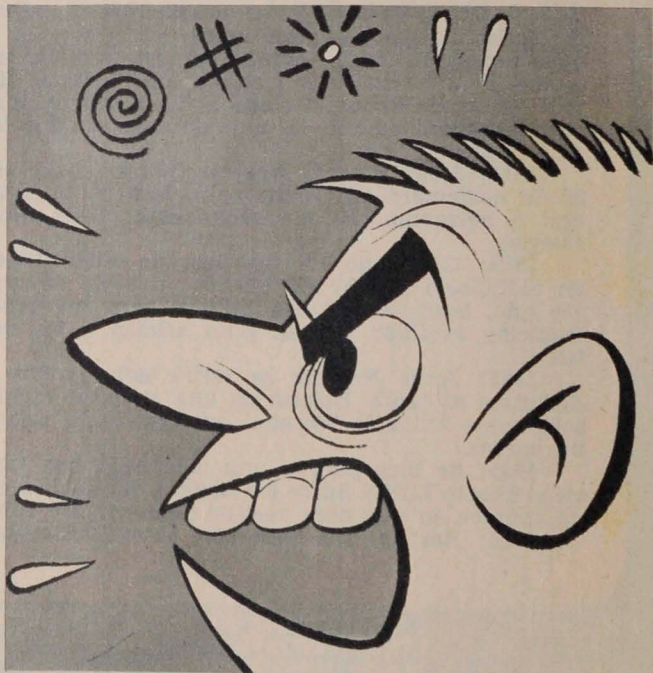
Hay situaciones dramáticas que requieren garabatos. Hay personajes que no pueden sino proferirlos. Y hay otros —al igual que en la vida diaria— a los que es imposible no decirselos.

PERO señalemos el peligro.

Hay quienes, encantados con el efecto que el garabato produce en un diálogo, con su explosiva sonoridad, con el remezón que el escucharlo produce en el público, abusan de él.

El garabato repetido, fuera de contexto, innecesario y abusivo, pierde su característica idiomática, se despoja de su eficacia dramática y queda convertido en grosería y obscenidad.

GARABATO Y GARABATOS



castiza, con qué eufemismo llamarían a una persona que ustedes identifican plenamente con el más criollo y frecuente de los garabatos chilenos?

POR su precisión e insostituibilidad, el garabato ha sido un recurso usado por los escritores de novela, de poesía, de teatro y de cine. Lope y Cervantes no titubearon en usarlo. Entre nosotros, un popular disco de poesías de Fernando Alegría se llama "¡Viva Chile, M...", y en las salas cinematográficas hace tiempo que se escuchan garabatos en inglés y en francés.

Y no se trata de que los escritores se regocijen con la coprolalia, sino que, por necesidad de expresión, deben usar palabras que en su redonda contundencia concitan la imagen y definición tanto del personaje que la pronuncia o al que están dirigidas.

Es lo que sucede, normalmente, en los garabatos traducidos de obras extranjeras, porque el garabato no tiene traducción. Y el ejemplo lo tenemos a mano. En "La Escalera", la sarta de garabatos que se escuchan en el diálogo molestan por su insistencia. Sin embargo, no pasa lo mismo leyendo el texto en inglés, aun cuando en el idioma original la obra tiene una variedad impresionante de palabras fuertes. En la traducción falta el contexto, el íntimo significado que sólo puede ser captado en su idioma y en su medio.

Bueno es ponerse en guardia. El auge que se anuncia del nuevo cine chileno nos pondrá necesariamente en presencia de chilenísimos garabatos. Su exageración —y no es el caso de "Tres Tristes Tigres"— puede resultar un recurso contraproducente.

Porque el garabato es como el cilantro.

Bueno. Pero no tanto.